

EL ECO DE CARTAGENA.

Sábado 5 de Octubre de 1878.

LA FATALIDAD EN ACCION.

(5 de Octubre de 1804.)

Todas las naciones registran en sus anales periodos de infortunio y de abatimiento, debidos unas veces á la influencia de una adversa fortuna: otras á la ineptitud y desaciertos de sus gobernantes; no pocas á una y otra causa puestas en misteriosa relacion por la fatalidad; pues es sabido, que cuando esta se deja sentir, lo mismo sobre los pueblos que sobre la familia, parece como que llama á sí todos los elementos discordantes, todo lo que pueda dar fuerza y cohesion á hacer más funestos sus efectos.

Nuestra historia contemporánea nos ofrece un ejemplo, el más acabado de ello.

Carlos III habia bajado al sepulcro, dejando á su época un nombre imperecedero. Su primer ministro, el conde de Floridablanca, habia desaparecido también de la escena: habia muerto, políticamente hablando. La España entró en una nueva fase. Carlos IV recogió el cetro y la corona de su padre, pesada carga que bien pronto dejó caer sobre los hombros de un valido, que cual otro cirineo habia de conducirle hasta el martirio. Aquel cetro gloriosamente llevado por Felipe V, Fernando VI y Carlos III, convirtiéndose en sus manos en cetro de caña; aquella corona, con tal brillo sostenida en las sienas de su padre, en corona de espigas.

La gran catástrofe social del noveno y tres fué como el principio de aquel periodo de desdichas que hizo recorrer á España la incapacidad política y la ambicion detestable personificadas en el trono, y en la gobernacion, cuyo término habia de colmar la más traidora de las invasiones.

De este conjunto fatal de circunstancias surgen tres figuras, que son como su síntesis dolorosa; un coloso que aspiraba al dominio universal: un rey débil humillándose hasta la degradacion, y un valido presuntuoso dispuesto á servirle dócilmente, siquiera tuviese que arrastrar para ello al país á su inevitable ruina.

La paz de Basilea fué el primer fruto de aquella política desatentada que empieza con una guerra en mal hora emprendida allende el Pirineo, y concluye con la invasion de mil ochocientos ochocientos. Cuan costosa le fué á España aquella paz! Sin em-

bargo, mil veces bienhadada si no hubiese tenido otras consecuencias que el menoscabo de su dignidad; pero á la política veleidosa de Godoy plugo volver la espalda á la Inglaterra, su aliada; y aquí empieza la historia del triste acontecimiento que hoy venimos á conmemorar.

La España y la República francesa entraron en inteligencia; y el tratado de San Ildefonso no fué otra cosa que la sancion formal de los secretos planes que venian elaborándose en daño de la Inglaterra. Por él se ponian á disposicion de la Francia buques y soldados españoles que debian emplearse en la guerra que ésta sostenia con la Gran Bretaña. Ya se puede colegir la indignacion con que el gobierno inglés, que desde la paz de Basilea se hallaba al tanto de la política de Godoy, habia de mirar esta evolucion en quien no supo defender el decoro de su nacion, ni aun el suyo propio, acatando las condiciones que le imponia un ambicioso conquistador.

La paz de Amiens, más humillante aun que la de Basilea vino á poner fin á esta guerra. En ella España perdió otro florón más de su corona, la isla de Trinidad, que el primer cónsul de la República, por sí y ante sí, quiso ceder á la Inglaterra.

Empeñada nuevamente la Francia en guerra con su eterna rival, y falta aquella más bien de numerario que de auxilios materiales, convirtió en subsidios el contingente de hombres y navios, que segun el tratado de San Ildefonso, debia aprontarle la España; obligándose ésta en tal concepto á pagar mensualmente á la República la enorme suma de veinticuatro millones de reales!

En vano el gobierno inglés reclamó repetidas veces del nuestro el conocimiento del tratado de subsidios; nunca pudo obtener lo que deseaba. Esto dió lugar á que en una de sus notas, cuyo lenguaje iba siendo cada vez más enérgico, manifestase, que viendo en la conducta de la España un justo motivo de guerra, si llegaba á verse en la necesidad de romper las hostilidades, no necesitaría otra declaracion que la que ya tenia hecha. En ella se exponia también una nueva queja sobre la admision del enemigo en nuestros puertos y venta en ellos de las presas hechas por los corsarios franceses.

Esta fué la única que se vio atendida en parte, prohibiéndose las ventas de las presas; pero este acto de condescendencia de parte del Gobierno no era bastante á atenuar la gravedad del mal: el asunto capital, el caballo de batalla, digámoslo así, era la cuestion de subsidios.

Entre tanto un nuevo acontecimiento vino fatalmente á precipitar los sucesos. A mediados del año mil

ochocientos cuatro, ocurrieron algunos desórdenes en Bilbao por intereses de localidad; y con este motivo se dispuso el armamento en el Ferrol de tres navios con objeto de trasportar tropas al punto de la insurreccion. El embajador inglés en Madrid protestó contra tales armamentos que consideraba como un reto á su nacion, y estos quedaron sin efecto, trasladándose las tropas por tierra.

El almirante inglés Cochrane que con su escuadra cruzaba en las aguas de Ferrol, poco satisfecho de esta medida, formuló nuevas pretensiones relativas al estado en que debian quedar los buques. El gobierno no convino en ello, y el almirante manifestó al Capitan General de Galicia que tenia ordenes del suyo para no dejar salir ni entrar en Ferrol buques armados españoles. Esto era el dia veintisiete de Setiembre de mil ochocientos cuatro.

A tal altura quedaron los sucesos, cuando ocho dias despues, otra division inglesa, dando á estas amenazas un carácter más enérgico, sale á esperar á nuestros buques de América para caer sobre ellos de una manera pirática. El hecho que ya mos á referir selló á cabo sin previa declaracion de guerra, y hallándose aun en Madrid el embajador inglés.

He aquí su relato, tomado del parte que dió el jefe de escuadra D. José de Bustamante y Guerra, á cuyas ordenes venian las fragatas *Fama*, *Medea*, *Mercedes* y *Clara* que fueron las victimas de este doloroso acontecimiento.

Estos buques, que procedentes de Lima y Buenos Aires, conducian caudales y otros efectos, llegaron á la vista del Cabo de Sant María en la mañana del cinco de Octubre. En esta situacion vieron dirigirse hacia ellas una division de cuatro fragatas inglesas, de mucho mayor parte, las cuales fueron recibidas por las nuestras en linea de combate. La enemiga formó tambien la suya, anunciando la del Comodoro que enviaria su bote con un Oficial á la *Medea*.

La declaracion del emisario fué, que aun cuando no estaba declarada la guerra, tenia orden particular el Comodoro para detener la division de su mando y conducirla á los puertos de la Gran Bretaña, aunque para ello tuviera que emplear las superiores fuerzas de que disponia, con cuyo objeto se le habian confiado tres semanas ántes.

El general Bustamante, ante esta brusca como inesperada insinuacion, apesar de no tener sus buques en el mejor estado de combate, despues de una larga campaña, optó por el partido más glorioso, sometiendo la cuestion á la decision de las armas. Un cañonazo disparado por la fraga-

ta del Comodoro dió principio á la lucha. Seria como á las nueve y cuarto, dice el parte, que un tamante, y á la media hora de fuego bien sostenido, un golpe de fortuna de aquellos que deciden las victorias sin arbitrio entre los hombres, dió á nuestros adversarios la superioridad que en vano aguardaron hasta entonces de sus mayores fuerzas, afligiéndonos á nosotros con un incidente de los más desgraciados y tremendos como fué el de volarse la *Mercedes*, que era la inmediata á nuestra popa. Disminuidas nuestras fuerzas, continúa el general español, fácil le fué al enemigo envolver la línea. La superioridad de su artillería y su experimentada gente decidieron la victoria. La *Medea* fué la primera que falta ya de todos sus aparejos, y sin gobierno, tuvo que arriar bandera, serian como á las diez y media. La *Clara*, cargada por las demas, bien descablada y con muchos muertos y heridos, se vió en la precision tambien de rendirse un cuarto de hora despues; y la *Fama* que siguió batiéndose vigorosamente en retirada contra las enemigas *Libli* y *Medusa*, pudo sostenerse hasta las doce y media, en que teniendo once muertos, cuarenta heridos y quince contusos, entre estos un valeroso Comandante el capitán de navio, D. Miguel de Zapiani, cinco balazos á flor de agua, cinco pies de agua en bodega y acribilados sus palos y vergas, se vió en el triste caso de seguir la suerte de las otras. Hasta aquí el general Bustamante.

La *Fama* fué conducida á Gibraltar y la *Clara* y la *Medea* á Plymouth. Allí se desembarcaron los caudales que traian á su bordo para ser conducidos al banco de Inglaterra. No podia esperar otra cosa de su condiccion; nada más propio de quien traicionosamente infringió y atropelló el sagrado derecho de gentes. He aquí los caudales y efectos que quedaron en poder de los ingleses.

En metálico.

Reales:

De cuenta del gobierno, 1.086,684
De particulares y soldadas, 2.778,519

Total, 3.865,153

Mercancias: Cueros de lobo 26,925; pipas de grasa, de idem, 10; sacas de lana de vicuña 55; cajas y sacas de cascarrilla 40; barras de estaño 3.528; galapagos de cobre 774; tablones de madera 28; cajones y zurrones de ratonía 32.

Todo esto y las tres fragatas quedaron en provecho de la Inglaterra, quien no supo cubrir su avaricia con un sentimiento de generosidad, siquiera en favor de los particulares, que tal vez perdieron en ella sus fortunas. En buen hora que hu-